

XVI

LA MADRE Y LA FIERA

— Al punto — siguió Enrique, cuya voz iba siendo más fatigosa y cuya frente estaba bañada en sudor frío — salí huyendo con la criatura dormida en mis brazos y corrí, corrí como un fantasma á través de las árboles, por el bosque mal alumbrado por un cielo casi cubierto de nubarrones informes. Me parecía haber consumado el delito y sentía todo el horror de mi acción inicua. Huía de mí mismo, bañado en sudor, sintiendo anudarse mi garganta, y por fin me detuve sin dejar de mirar al niño que en aquellos instantes despertaba.

Sonreía, tendía hacia mí sus manecitas; me miraba con sus negros ojazos enormes. Sentí un frío glacial en todos mis miembros y todos aquellos árboles que me rodeaban, me parecieron otras tantas sombras acusadoras. Saqué un cuchillo

enorme y tres veces le alcé sobre su garganta sin decidirme á descargar el golpe. Mi lengua estaba seca y un temblor epiléptico sacudía mi cuerpo sudoroso. El niño extendió un bracito y me tocó en el pecho. Era quizá una súplica inconsciente de perdón y misericordia aquel golpe tan rudo para mí como el de una descarga eléctrica. Entonces pensé que no era necesario el sacrificio; que bastaría abandonar al niño en el bosque para que mi ambición se saciara. Al ocurrírseme tal pensamiento, me pareció sentir un gran alivio y respiré el aire embalsamado de la noche á pleno pulmón.

En verdad la muerte del niño no era precisa. Para que yo heredara la inmensa fortuna de mi hermano, bastaba con su desaparición. Al cabo de cierto tiempo, instaría una declaración de ausencia y de suposición de muerte después. ¿Qué me impedía alejarme más, llegar hasta la estación próxima y dirigirme á una población en donde hubiera asilo de niños abandonados? Yo no era homicida por naturaleza; antes bien, me horrorizaba la idea de cometer tan nefando crimen; así me aferré á tal propósito y me decidí á realizarle.

Pero el niño estaba sentenciado y mi delito era irremediable. De pronto sonó un grito. Era el canto del cárabo; después sonó más cerca. La leona buscaba su cachorro. No había que perder un minuto. Aquel grito encendió de nuevo mi furia. ¿Con qué derecho el vil engendro se atrave-

saba en mi camino? No me atreví sin embargo á herirle con el arma; me horrorizaba verter sangre; pero estaba sobre una altura, y á mis pies, á veinte metros de desnivel, se extendía como una franja que apenas dejaban vislumbrar los astros velados por nubes de tormenta, un largo y pedregoso camino. Cogí al niño con mis brazos nervudos y le alcé hasta mi cuello para arrojarle...

Volví á vacilar y un temblor epiléptico me invadió hasta el extremo de creer que iba á desplomarme. Comencé á caminar en dirección contraria al eco de Nila. Hubo un momento en que pensé abandonar el niño allí mismo y huir. Pero pensé que entonces sería descubierto, perseguido acaso por aquel viejo implacable.

Me detuvo su voz que llamaba con furia á Nila. Se presentaba un nuevo peligro. Seguí, sin embargo, bordeando la cortadura, sin saber ya qué partido tomar.

Rompió entonces el niño en llanto. Sentí subir á mi frente una oleada de cólera y rabia. Los gemidos del niño me denunciaban. La criatura debía morir y ya no vacilé.

— ¡Qué infamia! — dijo César horrorizado.

— ¡Infamia sin ejemplo, crimen sin precedente, padre mío! ¿Cómo no se ablandaron entonces mis entrañas? La pobre criatura inocente aferróse á mi cuello y con la más completa inocencia aplicó sus labios rosados á mis mejillas y comenzó á suc-

cionarlas como pudiera el pecho de su madre. Volvió á sonar el grito y torné á sentirme cruel. Arranqué al niño de mi rostro violentamente y, con un esfuerzo desesperado, le arrojé hacia el abismo.

— ¡Miserable!

— ¡Sí, miserable, asesino, fiera maldita, pero me muero, padre, me muero y necesito misericordia y perdón!

Hundió el criminal su frente en la almohada y comenzó á sollozar en silencio. Se le hubiera creído muerto á no ser por las sacudidas acompañadas de su cuerpo robusto.

César se alzó, desencajado, trémulo y permaneció inmóvil, pálido, con el ceño fruncido, como si no supiera qué partido tomar. Después de sus ojos brotaron dos lágrimas, iluminóse su semblante y extendiendo su brazo sobre el culpable,

— ¡Yo te perdono — dijo — en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!

■■■■■■■■■■

SEGUNDA PARTE
